

cha, pues estaba tan débil que apenas podía andar.

—El cielo se abre para vos—añadió el otro; luego, volviéndose con majestad á los agentes de justicia, añadió:

—La víctima está pronta; vamos.

La comitiva se puso en marcha.

Iba primero el clero protestante de Roán con cirios encendidos.

Seguía la heroína con paso firme y marchando sola; de cuando en cuando, y al verla vacilar, uno de los religiosos la sostenía suavemente por la espalda.

El otro sacerdote tenía cuidado de enjugar con su pañuelo el helado sudor de la congaja que corría por su frente, y después frotaba sus sienes con una esponja empapada con un revulsivo tan violento, que el semblante de Juana recobraba casi al instante la serenidad y la alegría.

Juana iba fuertemente atada.

Detrás de ella marchaba una escolta de 120 hombres armados.

—Dios es bueno, grande y todo misericordioso—decía uno de los dos sacerdotes;—yo lo veo, hija mía, que os sonríe y os llama desde el cielo.

—Cuando todo nos falta en la tierra—añadió el otro religioso al pasar el umbral de la puerta—es un consuelo inefable al pensar en el padre amoroso que murió entre tormentos por salvarnos! ¡Él sólo nos ve y comprende nuestro dolor!

Juana, reanimada por estas sublimes palabras, alzó los ojos al cielo.

De repente un grito desgarrador se los hizo bajar á la tierra.

—¡Hija!...—exclamó una mujer, estrechando contra su pecho á la doncella.

—¡Madre!—respondió ésta con una alegría que tenía mucho de delirante; y tendiendo una mirada en derredor suyo, añadió:

—¡Padre mío!... ¡Hermanos de mi alma!... ¡Ah! ¡Bendito sea Dios!

Juana se vió abrazada por toda su familia, y la alegría y la calma se posesionaron de su hermoso rostro para no volverle á abandonar.

## XXI.

La fúnebre comitiva se detuvo, respetando todos los que la componían el postrer adiós que la desventurada, destinada á la hoguera, iba á dar á su familia.

—¿Cuándo habéis llegado, padres míos?—preguntó Juana, cuyo espíritu se hallaba más libre y sereno desde que vió que podía dar á su familia la última despedida.

—Esta mañana—respondió su madre, que no había cesado aún de estrecharla entre sus brazos—



en la aldea se supo pronto la noticia de tu prisión; tu padre marchó á Reims y le dijeron ser cierta, pero en vano te siguió á las tres prisiones que has ocupado en el breve espacio de un mes: en ninguna pudo verte, y sólo tuvo el consuelo de saber que iba á ser perdonada la vida, y que la pasarías en una cárcel: ¡ah! como él decía, ¡más valía esto que perderte del todo! Pero hace algunos días que el temor y la zozobra no nos dejaban un instante de reposo, y emprendimos la marcha hacia Roán: al llegar, hallamos á tus hermanos, quienes nos dijeron, hace cuatro días, que había ofrecido el obispo Cauchón al pueblo de Roán que hoy perecerías en la hoguera!... ¡Oh, hija mía!... ¡Nosotros creíamos venir á darte un abrazo antes de que te pusieran en el calabozo en que habías de pasar tu vida, según la primera sentencia!... ¡Veníamos tu padre y yo á pedir á los jueces la gracia de encerrarnos contigo!... ¡Y tendremos que asistir á tu suplicio!... ¡á tu muerte!...

Los sollozos ahogaron la voz de la triste Isabel.

Juana se volvió á sus hermanos y exclamó con admiración dolorosa:

—¡Cómo! ¿Habéis dejado el servicio de vuestro rey?

—¡Sí!—contestó Gaspar.—Hemos arrojado á sus pies nuestras espadas hechas pedazos.

—¡Oh, Dios mío!—dijo la doncella, alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas.—¡por qué no me

habéis dejado morir sin hacerme probar este dolor!

—¿Querías, por ventura, que siguiéramos defendiendo al rey cobarde que ha consentido en que te venda el duque de Borgoña á la Inglaterra?

—¿Qué dices?—preguntó Isabel, asiéndose con lívido semblante al brazo de su hijo.

—Dice—añadió Nicolás—que el obispo Cauchón ha comprado por diez mil francos al duque de Borgoña el derecho de sentenciar á mi hermana.

Escapáronse un sordo gemido del pecho de Santiago d'Arc, y un ahogado sollozo de los labios de Isabel.

—¡Madre... paciencia!—dijo Juana con adorable mansedumbre.—Dios fué vendido también, y él es quien me espera allá arriba.

—¡Ea, basta ya de coloquio!—gritaron algunos hombres del pueblo.—¡A la hoguera! ¡á la hoguera!

—¿Y mi abuela?—preguntó Juana con precipitación, al ver que la comitiva se disponía á marchar.—¿Y Ralf?

Un ladrido de alegría contestó á estas palabras: algunos se volvieron y vieron á un gran perro de raza de lobo que corría delante de una anciana venerable, la cual caminaba con paso jadeante y fatigoso.

—¡Madre mía! ¿A qué habéis venido? exclamó Isabel con angustia.

—¿Dónde... dónde está Juana?—preguntó ella



azorada:—dicen que está condenada á prisión para mientras viva, ¡y yo quiero verla aún una vez antes de que la encierren!... ¡Quiero verla... porque soy muy vieja y moriré muy pronto!...

Nadie contestó á estas tristes palabras; sólo Ralf saltaba al rededor de Juana dando pequeños ladridos de alegría.

—¡A la hoguera la hereje! —repitió la muchumbre; —¡basta de gritos y de gemidos!

—¡Madre! Hasta el cielo,—dijo Juana abrazando á su abuela.—Padres míos... ¡adiós!—añadió tomando las manos de Santiago y de Isabel;— ¡allá arriba os espero á todos!

Nicolás y Gaspar la rodearon con sus brazos.

—¡Ya os dije, madre mía, que Dios me mostraba desde el cielo una corona de espinas!...— continuó Juana, — ¡la he ceñido y voy á cambiarla por otra de eterna gloria!

Al decir estas palabras, dió el último abrazo á sus hermanos, que lloraban con desconsuelo, y cruzando las manos, volvió á ponerse en marcha rezando en voz baja y sin necesidad ya de que la sostuviesen los religiosos.

Su desolada familia la siguió; el amor y la desesperación dió fuerzas y aliento á su madre Isabel y á su anciana abuela.

Los tambores y trompetas batían una marcha fúnebre y lenta; Juana caminaba despacio, serena y reposada; dos veces en el trecho que separaba

la cárcel de la plaza del Mercado, se volvió para ver aún á su familia: pero sólo pudo columbrar la blanca cabeza de Santiago que, á causa de su elevada estatura, dominaba á la multitud.

Llegaron, por fin, á la plaza del Mercado, y Juana subió con dignidad las gradas del tablado donde estaban sentados sus jueces; á su vista desapareció de nuevo la fortaleza de Juana; pintóse el terror en su rostro y corrieron abundantes lágrimas por sus mejillas.

El doctor Nicolás Midy se levantó, le dirigió un discurso lleno del más atroz fanatismo, y concluyó con estas palabras:

—Id en paz, Juana; ya no puede defenderos la Iglesia y os entrega á la justicia seglar.

Dicho esto volvió á sentarse, y Pedro de Cauchón se levantó á su vez y fulminó, con las facciones bañadas de un gozo cruel, la sentencia de condenación.

Cuando acabó de hablar, y después que uno de los religiosos hubo enjugado con su pañuelo el llanto que bañaba las mejillas de Juana, se volvió ésta al sacrilego obispo, y le dijo con voz entera:

—Vos sois la causa de mi muerte: prometéis salvarme, y me entregáis á mis enemigos los ingleses. ¡Dios os perdone como lo hago yo!

Estas dulces y suaves palabras, conmovieron al prelado á pesar de su ferocidad: y no obstante su impaciencia por gozar de aquel triste espectáculo,



el pueblo, los soldados, y hasta el mismo verdugo prorrumpieron en sollozos.

Juana se arrodilló, y dijo con fervor:

— ¡Dios mío! ¡No me neguéis vuestra asistencia en este instante supremo!

Y luego, volviéndose al pueblo, dijo en voz más alta y con acento penetrante:

— ¡Ingleses! ¡Dejad la Francia á su legítimo dueño el rey Carlos VII, que es el ungido de Dios!

Entonces volvió á ponerse en pie con gran entereza, y hubo un instante de inmovilidad y de profundo silencio.

El bailío de Roán y sus asistentes enviados allí por el duque de Bedford para representar al tribunal seglar, no quisieron pronunciar sentencia alguna: tanta era la indignación de que estaban poseídos; pero viendo que el acto se había detenido, uno de los asistentes dijo con mal segura voz:

— ¡Traedla!...

Entonces se acercó el verdugo, y tomó á Juana por la mano sacándola de entre las filas de los arqueros ingleses y llevándola al segundo tablado ocupado por el tribunal seglar, y á cuyo pie se hallaba preparada la hoguera.

— ¡Oh! ¡Cuánto deseo un Crucifijo! exclamó la desgracia joven alzando los ojos al cielo.

— La mitad de mi vida cedería por dárselo, ¡hija mía! — dijo uno de los religiosos, — pero no me han permitido traerlo.

— ¡Esperad! — exclamó un caballero inglés que se hallaba cercano: — y rompiendo su bastón en dos pedazos desiguales, y quitando una cadena de oro que llevaba al cuello, los enlazó en forma de cruz y los presentó á Juana, que le dió gracias con una dulce mirada, y pidió al otro dominico acercase á sus labios el signo de la Redención.

— ¡Dios os lo pague, caballero! — dijo el religioso al generoso espectador. — Y añadió dirigiéndose á Juana, que oraba:

— La hora ha llegado... valor, hija mía.

Juana no necesitó de más exhortación; subió á la hoguera y se arrodilló devotamente, estando siempre á su lado los dos religiosos.

— Padre, — dijo ella al de su derecha; — hacedme la merced de preguntar á aquel noble caballero si me da este collar de oro que enlaza la cruz, ó si únicamente me lo presta.

— ¿Por qué decís eso, hija mía? observó el confesor.

— Porque si me lo da, deseo que con él suspendáis de mi cuello este signo de la Redención.

— ¡Vuestro, vuestro es el collar, mi querida niña! — dijo el caballero, que había oído el anterior diálogo; — ¡no importa que lo derrita el fuego!

El religioso colgó del cuello de Juana la cruz, y en seguida puso el verdugo fuego á la hoguera.

— ¡Adiós, padres míos! — exclamó Juana; — ¡Adiós, hermanos!... ¡Hasta el cielo!



Calló, dicho esto, y se puso á orar; levantóse sin dejar su oración, y el verdugo la sujetó con una cadena á un pilar de hierro, debajo del cual había empezado á arder la hoguera.

Juana sintió al instante que el fuego la iba envolviendo, é hizo seña con los ojos á los dos religiosos para que se retirasen, pues aquellos santos hombres sentían calcinarse sus pies con el abrasante tablado, sin que pensasen en retirarse, ocupados en su triste tarea.

Obedecieron, sin embargo, al deseo de la moribunda, que alzó los ojos al azulado firmamento para no volverlos ya á bajar sobre la tierra.

Bien pronto empezaron á lamerla las llamas con sus ardientes lenguas; la pobre niña, en su mortal desasosiego, movió la cabeza, y su alta é infamante coraza cayó á la hoguera, quedándose con la cabeza desnuda y con sus largos rizos negros esparcidos por los hombros.

Un sol radiante y purísimo, el vivificante sol de Mayo, alumbraba aquella escena de muerte, y el aire, perfumado de mil flores, llegaba á avivar la hoguera, que envolvía rápidamente á la heroína.

Pocos instantes bastaron para que Juana quedase sumergida y oculta en la inmensa hoguera.

Entonces se oyó salirde entre las llamas su voz, siempre dulce, pero temblorosa por la fuerza del dolor.

— ¡Jesús! exclamó aquel moribundo acento.

Luégo sólo se oyeron algunos gemidos que poco á poco se fueron extinguiendo, y al fin la hoguera quedó consumida y sólo presentó un montón de cenizas, entre las cuales brillaban algunos pedazos del collar de oro del caballero inglés.

El pueblo se dispersó silencioso, y un anciano se precipitó á la hoguera y recogió aquellas ráfagas de oro que habían ceñido el torneado y lindo cuello de Juana.

Aquel anciano era Santiago d'Arc.

## XXII.

Aquella noche murió la abuela de Juana, y dos meses después bajó también al sepulcro Isabel Romée, víctima de una rápida consunción que nada pudo cortar.

Nicolás y Gaspar marcharon á servir á la Alemania.

Sólo quedaron en la cabaña de Domremy Santiago y Ralf.

Aquel, loco; éste, mantenido por el cuidado cariñoso de los pastores, que le amaban como un amigo.

Veinticinco años después, el Rey Carlos VII recordó á la desgraciada joven que le había devuelto el trono de sus padres, y pidió al Sumo



Pontífice una autorización para revisar la causa formada á Juana, y rehabilitar su memoria.

La sentencia del proceso fué declarada nula, abusiva é injusta, y se hizo pedazos públicamente.

En conmemoración de Juana se hicieron dos solemnes procesiones, seguidas de los sermones de honras.

Colocóse una cruz en el sitio de la ejecución, y se le erigió una estatua, que se colocó en la plaza mayor de Orleans, aquella ciudad ganada por ella á los ingleses tan heroicamente.

Mas los que la habían juzgado gozaron de la impunidad de su crimen durante el reinado de Carlos VII.

Su hijo y sucesor Luis XI, llevado, más bien que de la rectitud y de la justicia, de su carácter cruel y sanguinario, mandó entablar de nuevo el proceso cuando subió al trono, y dos de los jueces de Juana, que aun vivían, y cuyos nombres no designa la historia, fueron presos y condenados á perecer en la hoguera, esto es, con el mismo suplicio que la habían impuesto.

El nombre de Juana d'Arc es, desde su muerte, popular, no sólo en Francia, sino en toda la Europa. Los historiadores y los poetas lo han transmitido de siglo en siglo como un objeto digno de la admiración general.

Voltaire ha mancillado, con su impura pluma, el nombre hermoso y sin mancha de Juana d'Arc;

pero el gran poeta de Alemania, Schiller, ha vengado noblemente á la doncella de Orleans del horrible patriotismo del inglés Shakespeare, que se ha atrevido á ultrajar su memoria con mayor cinismo aún que el escéptico poeta francés.

La desdichada familia de la heroína de Orleans fué acaso más digna de lástima que ésta, pues pereció víctima de su dolor, sin tener para consuelo la gloria que alumbró la muerte de Juana, y que refleja con rayos inmortales sobre su tumba.

Sus hermanos perecieron en las guerras del siglo xv como oscuros soldados.

Su padre murió loco, y cuidado sólo por sus honrados vecinos.

Ralf fué comprado á unos pastores, que le habían heredado, por cien francos, precio en que creyó adquirirle muy barato un caballero francés, que le trató con el mayor cariño.

